



LA ROMERIA DE ALZA.

Las romerías se suceden sin interrupción.

Muchas se nos presentan en lontananza con faz risueña.

Alza.

Nombre que está perfectamente en armonía con la posición topográfica del bonito y antiguo barrio de San Sebastián, hoy independiente y en estado floreciente.

¡Y tanto como hay que alzarse para llegar á aquella cumbre!

Se celebraba la romería de San Marcial que se traslada al primer domingo posterior á este día,

siempre que no corresponda á aquél, con el fin de que acudan en mayor número de los pueblos *circum-circa*.

Larga fila de carruajes se destacaba en la carretera, frente al viaducto de Herrera.

Hablo en verso como quiera.

¡Qué golpe de vista ofrecía desde este punto la contemplación de tantos alegres romeros trepando con dificultad por la pendiente y formando caprichosas espirales con aquellas vueltas de *Pandemio*.

Tan penoso acceso daba lugar á entrecortadas frases ahogadas por la fatiga de la respiración.

Sobre todo entre ellas.

—*¿Zeiñ iyotzen da emendic, cristabac?*

—*¡Ai au lana!*

—*¡Ja, ¡ai!*

—*Erorico zeate.*

—*¡Uff, au berna!*

—*¡Quishcaldu biar diñau!*

—*¿Andic pasa biar aldegu?*

—*¡Ez diñau zeruba urruti izango!*

—*¡Nesca, etzanala orremeste gonac goratu!*

—*¡Abec ishtillubac!*

Los que más se lamentaban eran los que no habían ido á pié al pié de la cuesta.

Sino en coche.

¡Naturalmente!

El cambio era demasiado brusco.

Lo mismo que si uno tras de una larga y rigurosa dieta se diera un atracón.

Nosotros llevábamos nuestros aparatos preparados.

Y sobre todo como se dice:

En las cuestas arriba

quiero mi mulo,

que las cuestas abajo

yo me las subo.

Lo que allí hacía falta era un ascensor.

¡Qué gentío de gente!

A las primeras notas que se escucharon, se lanzaron alegres parejas amantes, de torturarse los piés rindiendo culto á Terpsícore.

¡Qué bullicio, qué locura, qué delirio!

Materialmente no se podía dar un paso.

Y como las parejas tampoco podían limitarse á girar sobre sus talones, muchísimos tuvimos que eliminarnos de la plaza.

Esto me dió ocasión á hacerme dueño de unas posiciones que me causaron la mayor sorpresa.

Desde ella contemplaba al par que aquél torbellino humano que hervía al calor que proyec-

taban los eléctricos compases de la música, el majestuoso pasco de la Zurriola.

Aquí la algazara, allí el mutismo.

¡Qué contrastel!

Parecía que la madre ahogaba en silencio la pérdida de su tierno hijo.

Aparecía á mi vista la bella Easo como blanca gaviota sobre la superficie del mar, mecida por suaves ondulaciones y llevando en su pico una ramita con tres hojas: Monte frío, monte Urgull y monte Ulía.

¡Ah! Se me olvidaba.

También hubo *ciriricus*.





LA ROMERIA DE ALZA.

Las romerías se suceden sin interrupción.
Muchas se nos presentan en lontananza con
faz risueña.

Alza.

Nombre que está perfectamente en armonía
con la posición topográfica del bonito y antiguo
barrio de San Sebastián, hoy independiente y
en estado floreciente.

¡Y tanto como hay que alzarse para llegar á
aquella cumbre!

Se celebraba la romería de San Marcial que se
traslada al primer domingo posterior á este día,

siempre que no corresponda á aquél, con el fin
de que acudan en mayor número de los pueblos
circum-circa.

Larga fila de carruajes se destacaba en la ca-
rretera, frente al viaducto de Herrera.

Hablo en verso como quiera.

¡Qué golpe de vista ofrecía desde este punto
la contemplación de tantos alegres romeros tre-
pando con dificultad por la pendiente y forman-
do caprichosas espirales con aquellas vueltas de
Pandemio.

Tan penoso acceso daba lugar á entrecortadas
frases ahogadas por la fatiga de la respiración.
Sobre todo entre ellas.

—*¿Zeiñ iyotzen da emendic, cristabac?*

—*¡Ai au lanu!*

—*¡Ja, jai!*

—*Erorico zeate.*

—*¡Uff, au berna!*

—*¡Quishcaldu biar diñau!*

—*¿Andic pasa biar aldegu?*

—*¡Ez diñau zeruba urrutí izango!*

—*¡Nesca, etzanala orremeste gonac goratu!*

—*¡Abec ishtillubac!*

Los que más se lamentaban eran los que no
habían ido á pié al pié de la cuesta.

Sino en coche.

¡Naturalmente!

El cambio era demasiado brusco.

Lo mismo que si uno tras de una larga y rigurosa dieta se diera un atracón.

Nosotros llevábamos nuestros aparatos preparados.

Y sobre todo como se dice:

En las cuestas arriba
quiero mi mulo,
que las cuestas abajo
yo me las subo.

Lo que allí hacía falta era un ascensor.

¡Qué gentío de gente!

A las primeras notas que se escucharon, se lanzaron alegres parejas amantes, de torturarse los pies rindiendo culto á Terpsícore.

¡Qué bullicio, qué locura, qué delirio!

Materialmente no se podía dar un paso.

Y como las parejas tampoco podían limitarse á girar sobre sus talones, muchísimos tuvimos que eliminarnos de la plaza.

Esto me dió ocasión á hacerme dueño de unas posiciones que me causaron la mayor sorpresa.

Desde ella contemplaba al par que aquél torbellino humano que hervía al calor que proyec-

taban los eléctricos compases de la música, el majestuoso pasco de la Zurriola.

Aquí la algazara, allí el mutismo.

¡Qué contraste!

Parecía que la madre ahogaba en silencio la pérdida de su tierno hijo.

Aparecía á mi vista la bella Easo como blanca gaviota sobre la superficie del mar, mecida por suaves ondulaciones y llevando en su pico una ramita con tres hojas: Monte frío, monte Urgull y monte Ulía.

¡Ah! Se me olvidaba.

También hubo *ciriricus*.





LA ROMERIA DE ALZA.

Las romerías se suceden sin interrupción.

Muchas se nos presentan en lontananza con faz risueña.

Alza.

Nombre que está perfectamente en armonía con la posición topográfica del bonito y antiguo barrio de San Sebastián, hoy independiente y en estado floreciente.

¡Y tanto como hay que alzarse para llegar á aquella cumbre!

Se celebraba la romería de San Marcial que se traslada al primer domingo posterior á este día,

siempre que no corresponda á aquél, con el fin de que acudan en mayor número de los pueblos *circum-circa*.

Larga fila de carruajes se destacaba en la carretera, frente al viaducto de Herrera.

Hablo en verso como quiera.

¡Qué golpe de vista ofrecía desde este punto la contemplación de tantos alegres romeros trepando con dificultad por la pendiente y formando caprichosas espirales con aquellas vueltas de *Pandemio*.

Tan penoso acceso daba lugar á entrecortadas frases ahogadas por la fatiga de la respiración.

Sobre todo entre ellas.

—*Zeñ iyotzen da emendic, cristabac?*

—*¡Ai au lana!*

—*¡Ja, jai!*

—*Erorico zeate.*

—*¡Uff, au berna!*

—*¡Quishcaldu biar diñau!*

—*¿Andic pasa biar aldegu?*

—*¡Ez diñau zeruba urruti izango!*

—*¡Nesca, etzanala orremeste gonac goratu!*

—*¡Abec ishtillubac!*

Los que más se lamentaban eran los que no habían ido á pié al pié de la cuesta.

Sino en coche.

¡Naturalmente!

El cambio era demasiado brusco.

Lo mismo que si uno tras de una larga y rigurosa dieta se diera un atracón.

Nosotros llevábamos nuestros aparatos preparados.

Y sobre todo como se dice:

En las cuestas arriba
quiero mi mulo,
que las cuestas abajo
yo me las subo.

Lo que allí hacía falta era un ascensor.

¡Qué gentío de gente!

A las primeras notas que se escucharon, se lanzaron alegres parejas amantes, de torturarse los pies rindiendo culto á Terpsícore.

¡Qué bullicio, qué locura, qué delirio!

Materialmente no se podía dar un paso.

Y como las parejas tampoco podían limitarse á girar sobre sus talones, muchísimos tuvimos que eliminarnos de la plaza.

Esto me dió ocasión á hacerme dueño de unas posiciones que me causaron la mayor sorpresa.

Desde ella contemplaba al par que aquél torbellino humano que hervía al calor que proyec-

taban los eléctricos compases de la música, el majestuoso paseo de la Zurriola.

Aquí la algazara, allí el mutismo.

¡Qué contraste!

Parecía que la madre ahogaba en silencio la pérdida de su tierno hijo.

Aparecía á mi vista la bella Easo como blanca gaviota sobre la superficie del mar, mecida por suaves ondulaciones y llevando en su pico una ramita con tres hojas: Monte frío, monte Urgull y monte Ulía.

¡Ah! Se me olvidaba.

También hubo *cirirícus*.

